

TÍTULO: “NEGRÓN”

AUTOR: SOLANO FRANJA

El Negrón se extendía por el cielo de Gijón la madrugada recién nacida del trece de agosto. En la rotundidad de su oscuridad se afanaba por esconder las sempiternas nubes asturianas; también intentaba ocultar el fulgor chispeante de la lluvia de estrellas en aquella noche de las Perseidas, que encontraban, en la luna blanquecina, su aliada. ¿Quién podría saber que aquella luna menguante sería tan agria?

En la calidez de la brisa aún resonaban aquellas canciones: “Es un dolor del corazón”, “Eclipse total de corazón” del concierto de Bonnie Tyler ¡Aquello seguro que fue una señal! ¿Una casualidad? ¿Una broma de mal gusto? No sé, a veces pienso que también es bonito que fuese así, como un concierto homenaje, como una gran banda sonora en tu despedida. De hecho, ibas a ir con Soraya al concierto. Pero no pudisteis ir.

Seguro que aquella noche la playa de Poniente estaba a rebosar. Era la Semana Grande. Fomento repleto, ningún hueco libre en el barrio de El Carmen. Parejas paseando por la arena de San Lorenzo junto al agua oscura. Personas surfeando personas, todas las mismas, diciéndose cosas diferentes. La música en los bares, copas llenas, besos de estío, pieles morenas, copas vacías, la subida a Cimadevilla, allí donde tantas veces, tantos años estabas tú. Pero no esa noche.

Son tan bellas las luces de la ciudad, el arma de los humanos contra la omnipotencia del Negrón, de la noche. Los coches-luciérnaga se trasladaban como balas frenados por una colección de semáforos no daltónicos. Las noches de verano son tan bulliciosas, vivaces, una escandalera de diferentes disfrutando de lo mismo. Y disfrutaban de lo mismo sin ti.

A ti te gustaba el verano en Gijón, pero también las fiestas del pueblo, La Mata de Ledesma, en Salamanca. Allí estaban, Lorena, Sara y Julia. La Ronda, donde los vecinos jóvenes, disfrazados, van por las casas en la medianoche pidiendo bebida y comida. Tampoco estabas allí aquella noche.

Y entonces sonó el teléfono. Soraya iba a casa con Noel y me dijo que seguías revuelto, aunque un poco mejor. Llevabas días así por culpa del Ozempic que te estaban

administrando para controlar la diabetes. Soraya insistió en llevarte a urgencias pero te negaste. ¡Siempre pudiste con todo! ¡A buen sitio contigo! ¡Genio y figura!

Te llamé, hablamos. Que sí, que estabas revuelto, pero hubo algo que me preocupó. Aún hoy no sabría explicarlo.

Llamé a un taxi y no había. No había ninguno libre. Imaginé los taxis como relámpagos cruzando la ciudad, insaciables en sus traslados, apresurados, haciendo su agosto en un día como ese de un mes como ese.

Y entonces corrí. A pesar de mis sesenta y muchos y en plena noche, corrí. No me podía llevar ni diez minutos llegar a tu casa. Mis pies repiqueteaban el suelo, mi fatiga ahogaba mi respirar y tu voz, tu voz, a través del teléfono parecía desvanecerse.

Aquellas luces, aquellos semáforos, aquellos coches, aquellas personas, todo lo que me crucé realmente no existía allí. Tragaba los metros con la vida encogida. Tenía que ver cómo estabas, llevarte al hospital, no podías estar con esa revoltura, algo estaba pasando.

Y, entonces sucedió. Te callaste.

¿Sabéis realmente qué es el silencio? Resuena el eco de un aliento y después viene la nada... y ya no hay otro aliento. Es así, tan simple, ese es el silencio. La desgracia es un pestañeo.

Estaba en el portal y, no recuerdo cómo, de repente estaba encima de mi hijo siguiendo por teléfono las instrucciones de un doctor del servicio de urgencias que me iba indicando cómo realizar la Reanimación Cardiopulmonar. Su voz era clara, suave, calmada, precisa como un metrónomo indicándome el ritmo para realizar las compresiones en tu pecho mientras ellos llegaban.

Intentaba insuflarte el vivir con mis brazos. Pero ya era tarde. Hijo mío, tu vida se deslizó entre mis dedos como agua.

Naciste de mi vientre. Moriste en mis brazos. Yo, tu Alfa y tu Omega. Espectadora de toda tu vida. No te puede dar otra. La mía es la que se fue contigo.

Llegó el equipo del SAMU. La doctora tomó el mando, mientras el enfermero la acompañaba y me hablaba. El fluorescente de su chaleco parecía relucir en la negritud

que inundaba poco a poco el salón. Deberíais haber visto el hambre en sus ojos mientras intentaba salvar a Edgar. Aquel cuerpo aparentemente débil de aquella mujer en su lucha contra la muerte. Y así hasta treinta minutos. Y a los treinta minutos hubo que parar.

- Ha sido un infarto.

Infarto. Es un dolor del corazón. Eclipse total de corazón.

Mientras me desmoronaba ante tu cuerpo con mis lágrimas lavándote, me acariciaban las palabras de aquellos dos desconocidos. Son las dos personas que intentaron salvar a mi hijo; que estuvieron conmigo cuando supe que mi hijo estaba muerto.

Yo estaba muda pues sólo de mi voz salía quebranto, llanto irrefrenable, pena a borbotones. Ellos llamaron a Soraya, llamaron a Lorena que llamó a Javier.

Me dieron una pastilla y me explicaron:

- Por las características del infarto no se podía haber hecho nada. Nada. Es así. Un infarto fulminante. Ni aunque hubiera estado en el hospital se podría haber salvado.

Fue un golpe fantasma. ¿De dónde vino? ¿Cómo pudo suceder? Fue tan súbito, tan poderoso, tan inexplicable. No pudimos verlo venir. Noqueada, el suelo fue la lona que me sujetó al fondo del abismo.

Llegó Javier y se tumbó conmigo. La doctora habló con él y creo le explicó lo que había pasado y lo que había que hacer. Yo ya no tenía fuerza.

Llegó Soraya desgarrada, yo había perdido un hijo, ella el amor. Se tumbó conmigo en el suelo de la cocina, bajo su luz blanca nos abrazamos. Cuando Javier acabó de llamar se tiró al suelo también. Nos abrazamos, noqueados los tres.

Y aquellos dos sanitarios, seguían allí, esperaban, no se iban, no se iban a ir hasta que pudiéramos, al menos, ponernos de pie para continuar. Eran personas cuidando de personas. Seres humanos, humanos. Y ni siquiera sabemos sus nombres, y ya casi no recuerdo sus caras como emborronadas por la negrura de la memoria de aquella noche. ¡Qué escuálido es el lenguaje que sólo tiene la palabra Gracias para darlas!

Dos años antes había sido mi Javier, mi amor, por el linfoma; unos meses más tarde, mi madre; el siguiente año, el padre de Javier de cáncer de pulmón, y, ahora tú Edgar, mi niño de cuarenta y ocho años, se te rompió el corazón de tan grande.

Esto no es un eclipse, no es una oscuridad momentánea, fascinante. La vida ahora es un túnel, tan largo, sin sol, sin salida, sin final. La vida es el gran túnel, es el Negrón.

Ahora tu cuerpo, aquel que yo bañaba cuando eras pequeño, que alimenté con amor, que nos sonreía a todos, está, en cenizas, en una urna con forma de casco de moto. Sin embargo, hay un rescoldo de ti, de tu fuego, en todo lo que hacemos, en lo que somos.

Pero, en realidad, aquella noche de agosto, junto a la luna blanquecina, menguante y agria, convertido en estela de polvo, surcabas el Negrón que devoraba el cielo. Deslumbrante gota en la lluvia de estrellas. Meteoro en las Perseidas. La más bella lágrima de San Lorenzo.

Hijo mío ¿Qué es tu muerte?

¿Es esa estrella fugaz?

¿O es del túnel la salida?

*Para Edgar*